

padres de Amelia quitaron todos los pestillos y cerraduras de la casa y le compraron a su hija un perro pastor que no la dejaba ni a sol ni a sombra. Era un perro especialmente adiestrado para impedir suicidios. En cuanto el animal detectaba en su *prótegée* algún movimiento sospechoso, se echaba encima de ella, la inmovilizaba en el suelo y la lamía la cara. En varias ocasiones Amelia había intentado envenenar a su guardián con croquetas de cemento sin fraguar, con lejía diluida en leche condensada, y con otros procedimientos. Pero el perro aquél tenía un olfato de jabalí, y no había modo de engañarlo. Enseñado, como estaba, a estropear los suicidios de los demás, sabía defenderse bien cuando alguien atentaba contra su propia vida.

Lo único que a los padres de Amelia les parecía bien que ella hiciese sola, era lo de repartir programas en funciones gratuitas. Y esta ocupación, en sí aburrida y poco estimulante, se había convertido en un acto liberador que la prisionera estaba dispuesta a conservar a toda costa. En días de reparto, se le permitía salir de casa y no volver hasta las once de la noche. Era en esas jornadas cuando Amelia podía vivir un poco. Robándole tiempo al tiempo, iba a la playa, intentaba conocer a algunos hombres, paseaba por barrios desconocidos. Como la tasaban el dinero y la gasolina del coche, aquellas escapadas tenían que ser por fuerza muy breves.

La vida de Amelia era, pues, un infierno, pero ella no tenía nervio suficiente para rebelarse.

— ¿Y lo del suicidio? —le pregunté cuándo terminó de hablar—. Se te habrán quitado, por lo menos, las ganas de matarte, ¿no?

— De momento, sí —me contesto—. Ya veremos lo que pasa de aquí a unos años.

Llegábamos a las inmediaciones de mi casa. Le dije que aparcase frente al garaje y que me esperara. Solo tardé unos minutos en subir al despacho, coger el sobre y regresar al coche.

— Vámonos a Freddy's a tomar algo —dije—. Allí tienen buen escocés y hay poco ruido. Podremos ver las fotos tranquilos.

Antes de arrancar, Amelia volvió la cabeza hacia mí, hizo un guiño de conformidad y me miro con ojos de ternura y de alegría.

### 3.

El Grumeti, en la cuenca del Alto Nilo, solo lleva agua parte del año. Es uno de los ríos que van a parar al lago Victoria después de atravesar el parque Nacional de Serengeti, en Tanzania. A medida que avanza la estación seca, el Grumeti va fragmentándose en grandes pozas de agua estancada a

las que, mediado el mes de junio, numerosas manadas de ganado salvaje —ñús, antílopes, búfalos africanos, cebras— acuden a beber en su marcha migratoria hacia las tierras húmedas de Uganda.

Esas charcas están infestadas de cocodrilos gigantes que miden quince metros y pesan mas de una tonelada.

Los animales que van a abreviar al Grumeti llegan en masa hasta la orilla, empujandose unos a otros. La polvareda que forman con las pezuñas les impide ver los ojillos y los orificios nasales de los temibles anfibios que esperan pacientemente medio sumergidos en el agua. Al acecho, inmóviles como rocas, aguardan el momento oportuno para lanzarse contra las pobres bestias sedientas y arrastrar a la víctima de turno hasta el fondo, para allí ahogarla y devorarla.

Las fotos que desde Tanzania le había enviado a mi hijo su amigo Kisumu Gnundi recogían el instante en que un grupo de cocodrilos emergía de pronto del semiseco Grumeti y atacaba a una manada de ñús. En nutrido tropel, estos cuadrúpedos, muy parecidos a los toros y vacas comunes, se habían puesto a calmar la sed y eran sorprendidos por el asalto brutal de una familia de reptiles gigantes.

Sentados en la barra de *Freddy's*, Amelia y yo fuimos examinando cuidadosamente aquella colección de fotografías increíbles. En una de ellas, un cocodrilo había apresado con las fauces las patas traseras de un ternero y tironeaba furiosamente de él. Se veían los ojos redondos, aterrados de la víctima, al hacer ésta esfuerzos inútiles por liberarse de su verdugo. La foto siguiente mostraba como el ternero, aún vivo, desaparecía bajo el agua turbia dejando en la superficie una gran mancha de sangre negra.

En otra instantánea, un toro semitumbado en la arena de la orilla padecía en el morro la atroz dentellada de un enorme saurio surgido como por milagro del fondo del río. Sin soltar su presa, el cocodrilo iba reculando hacia el agua mientras el indefenso ñú pataleaba de dolor y desesperación ante la cercanía de su muerte segura.

Las demás fotos eran por el estilo. Una vaca ya muerta, era descuartizada y engullida entre un remolino de espuma ensangrentada. Otra res, mutilada hasta lo irreconocible, flotaba en medio de la charca; uno de sus cuartos delanteros acababa de serle arrancado del resto del cuerpo y era triturado por dos mandíbulas de hierro.

— ¿Y dices que estas fotografías son de tu hijo? —pregunto Amelia tratando de ocultar el miedo y la repugnancia que le habían producido aquellas imágenes.

— No las ha sacado él. Se las ha mandado un amigo suyo que está ahora en Tanzania.

— Cuánto horror, ¿verdad?

— A mí no me lo parece —mentía yo—. Esos bichos tienen que subsistir igual que los demás. Es la famosa lucha por la vida. Matar para vivir. Lo de siempre.

Amelia quería que hablásemos de otras cosas. Miraba el reloj contando los minutos que le faltaban para poner punto final a aquel rato de libertad.

— ¿Tienes que marcharte ya? —dije.

— Solo me queda un cuarto de hora. Pero quizá podríamos vernos alguna otra vez. Para charlar un poco.

Abrigaba con sus manos blancas el mediado vaso de whisky.

— Claro, mujer. Dime donde puedo encontrarte.

— Lo mejor —razonaba Amelia con vacilación—, lo mejor sería aprovechar un rato de playa. creo que el martes próximo estaré allí por la tarde.

— ¿Te toca repartir programas ese día?

Triunfalmente, Amelia decía que sí y esbozaba una sonrisa de complicidad a la que yo, contagiado por su júbilo, correspondí al punto.

La verdad es que todo aquello estaba resultando bastante absurdo. Lo único aprovechable del día había sido el regalo fotográfico de Kisumu Gnundi. ¿Como se las habría arreglado para captar aquellos instantes? ¿Habría tenido que poner en peligro su propia vida?

Amelia me decía adiós con la mano tratando de sacarme de mi repentino aislamiento.

— ¿El martes? —me recordaba con prisa, como quien manda un urgente mensaje de socorro.

— El martes —confirmaba yo, distraído.

— Puedo dejarte ahora en tu casa.

— No —respondí—. Volveré mas tarde en taxi. Quiero quedarme unos minutos mas viendo las fotos éstas.

Amelia se daba la vuelta y yo la veía por detrás, contoneando ligeramente su cuerpo de mujer que espera. Llevaba un ancho cinturón de cuero que descansaba sobre la curva de sus caderas. Me quedé prendido en el pensamiento de estar en la cama con ella, con una loca. Ya habría tiempo para hablar de eso cuando volviéramos a vernos. Para entonces, los cocodrilos del río Grumeti se habrían esfumado de mi memoria.

#### 4.

Luego los acontecimientos se sucedieron con rapidez vertiginosa. Aquella noche, mi hijo Sam llamo desde el aeropuerto minutos antes de que Clara y Lisa regresaran del festival. Sonó el teléfono cuando yo acababa de entrar en el vestíbulo.

Sam hablaba con calma. Me decía que había sacado del Banco todos sus ahorros; que había tomado un billete de avión para Nairobi (con sustancioso descuento estudiantil), y que allí iba a reunirse con Kisumu para sacar algunas fotos juntos; que volverían muy pronto; que todo estaba en orden. Colgó sin darme apenas tiempo de abrir la boca.

Casi inmediatamente después llegaron Clara y Lisa. Nada más verlas me dí cuenta de que las dos habían estado llorando.

— ¿Qué ha pasado?

Lisa fue la primera en hablar:

— Una tragedia —dijo entre contenidos sollozos.

— ¡El niño egipcio, el niño deforme! —tercio Clara con voz histérica.

— Calma, calma —aconsejé a mis hijas cogiendo a ambas por el brazo y andando con ellas hasta el tresillo del salón de estar.

Allí, sorbiendo de las tazas de tila que yo les había preparado, me contaron con pelos y señales el episodio: Tony y Martha Montana, cuando más embebidos estaban en la interpretación a dúo de una romanza, habían sido atacados por el chico de la cara asimétrica. Como si fuera una alimaña, el de Egipto había saltado repentinamente al escenario y se había abalanzado sobre los dos vejesterios logrando morderles en la garganta. Ambos cantantes habían tratado de liberarse de su inesperado enemigo, pero sus esfuerzos habían resultado vanos. Clara y Lisa me aseguraban que aquel pequeño monstruo de agudos colmillos, cara olivácea y parpados semicerrados, tenía la fuerza de una bestia selvática. Malherido el pobre Tony, el subnormal la había emprendido entonces con Martha, pulverizando de un mordisco su collar de perlas falsas.

— ¿Habláis en serio? —exclamé alarmado, viendo crecer en mi fantasía un turbión de imágenes confusas.

— ¡Y tan en serio! —corroboraron ellas—. Como que es probable que la pareja no salga de ésta con vida. Menos mal que la que tocaba el piano asusto al agresor aporreando unos acordes y dando voces.

— ¿Y el chico?

— En el manicomio, que es donde debería haber estado siempre. Se lo llevaron unos loqueros después de ponerle una camisa de fuerza y de calmar a su madre con unas pastillas. A Tony y a Martha vino una ambulancia a recogerlos...

Sin saber por qué, esperé impaciente la llegada del martes. Amelia me había indicado cual era su favorito rincón de playa, y hacia allí me dirigí poco después del mediodía, decidido a buscar en aquella mujer lo que no había podido encontrar en otras. ¿Sería ella la encargada de llenar el vacío que la muerte de mi adorada Sandy me había dejado en el alma?

Cuando logré distinguir su silueta entre el gentío, Amelia estaba haciéndome señas. Se había puesto un rojo bikini y corría hacia el mar hollando con sus pies la arena de la playa. Quería, sin duda, que yo la viese darse un chapuzón.

— ¡Amelia! —grité agitando también los brazos para que ella se supiese reconocida y observada.

Se hundió en la espuma, solo para emerger tras unos segundos y volver la cara hacia mí, radiante de alegría. Con el agua hasta la cintura, inicio el vadeo de regreso, escurriéndose el pelo con las manos. Diez metros la separaban de la orilla, cuando aprecié la expresión de dolor que de pronto desfiguraba su rostro. Ni siquiera le dio tiempo a pedir auxilio. Fue como si algo la hubiese atenazado por las piernas y tirase de ella con violencia.

Por unos instantes chapoteo con las manos sobre la superficie, tratando de mantener el equilibrio. Todo inútil. Arrastrada mar adentro, Amelia quiso hacerme un gesto de último adiós que quedo interrumpido por la brusca sacudida que definitivamente sepulto su cuerpo bajo las olas.

Corrí hasta el lugar desde donde el salvavidas de turno, sentado en alto mirador, vigilaba medio dormido los movimientos de los bañistas. Le expliqué a trompicones lo que pasaba y señalé nervioso el punto preciso en el que Amelia había desaparecido.

El hombre se echo los prismáticos a la cara y observo cuidadosamente, al tiempo que negaba lentamente con la cabeza. Luego me los entrego a mí para que yo echase también un vistazo al mar azul, inmenso, sin rastro sospechoso alguno.

Me marché de allí desolado, musitando una disculpa por mi posible error.

El resto del día lo consumí andando por el muelle, por el paseo marítimo, por otros lugares que no había visitado desde hacía años. Cuando por fin llegué a casa, un movimiento reflejo me llevo hasta la mesa del despacho. Cogí el sobre de las fotografías, encendí un pequeño fuego en un rincón del jardín, y allí fuí quemándolas una por una. Bajo las llamas, los cocodrilos se retorcían como si estuviesen dando coletazos.

La jubilación forzosa de Tony y Martha Montana, hecha pública dos semanas después del incidente con el chico egipcio, sumió a Lisa y Clara en un estado de depresión incurable. Se lamentaban de que aquella pareja de cantantes hubiese muerto definitivamente para el mundo de la música. Se preguntaban qué sería de ellos. Ambos sexagenarios y sin voz, ¿cómo podrían justificar por mucho más tiempo su ya achacosa existencia?

En cuanto a Sam, va ya para dos años que nada sé de él. Recibí una postal en la que me comunicaba su llegada a Nairobi, la feliz reunión con su amigo Kisumu, y sus planes conjuntos de emprender una excursión

fotográfica por el río Athi. Iba a ser, me contaba Sam, un descenso en canoa, que terminaría en Malindi, ya en las costas del Océano Indico. Desde allí regresarían los dos a la capital en una avioneta del Gobierno kenyata.

Aunque sin más noticias tuyas desde entonces, sigo negándome a aceptar la verdad.

**Carlos Mellizo**

